

La Prelatura del Opus Dei no agota la figura de las prelaturas personales. En el futuro la Santa Sede podría erigir otras con características diversas: de ámbito sólo nacional o regional, para necesidades surgidas de circunstancias no ligadas a un fenómeno carismático, sino meramente humanas (étnicas, profesionales, nacidas de la movilidad humana, etc.), con una misión pastoral que comprenda también los servicios típicamente parroquiales, etc. En todo caso, la aplicación de la figura jurídica de las prelaturas personales al Opus Dei constituye un claro criterio interpretativo de la normativa canónica sobre este tipo de circunscripción.

Voces relacionadas: Descripción general del Opus Dei (ver Introducción); Itinerario jurídico del Opus Dei.

Bibliografía: IJC, pp. 421-503; Juan Ignacio ARRIETA, "Prelatura personal", en *Diccionario General de Derecho Canónico*, VI, Pamplona, Thomson - Reuters - Aranzadi, 2012, pp. 389-399; Eduardo BAURA (ed.), *Estudios sobre la Prelatura del Opus Dei. A los veinticinco años de la Constitución apostólica Ut sit*, Pamplona, EUNSA, 2008; Amadeo DE FUENMAYOR, *Escritos sobre prelaturas personales*, Pamplona, EUNSA, 1992; Sandro GHERRO (ed.), *Le prelatore personali nella normativa e nella vita della Chiesa, Venezia. Scuola Grande di San Rocco, 25-26 giugno 2001*, Padova, CEDAM, 2002; Javier HERVADA, "Aspectos de la estructura jurídica del Opus Dei", *Persona y Derecho. Suplemento Lex Nova de derechos fundamentales del fiel*, I (1991), pp. 301-322; Gaetano LO CASTRO, *Las prelaturas personales. Perfiles jurídicos*, Pamplona, EUNSA, 1991; Pedro RODRÍGUEZ, *Iglesias particulares y prelaturas personales. Consideraciones teológicas a propósito de una nueva institución canónica*, Pamplona, EUNSA, 1986; Antonio VIANA, *Introducción al estudio de las prelaturas*, Pamplona, EUNSA, 2006.

Eduardo BAURA

PRESENCIA DE DIOS

1. Presencia de Dios, filiación divina y comunión con Dios.
2. Medios para fomentar la presencia de Dios.
3. Presencia de Dios y unidad de vida.

La expresión "presencia de Dios" tiene un sentido objetivo y un sentido subjetivo. Objetivamente significa que Dios, en cuanto creador y providente, está presente en todas las cosas confiriéndoles el ser y manteniéndolas en el ser; y también que, en virtud de su libertad y de su amor, se ha hecho presente en Cristo y en la Eucaristía. Subjetivamente, significa que el hombre se hace consciente de esa presencia divina y crece en ella hasta dejar que ilumine toda su vida. Esta es la perspectiva desde la que ordinariamente la considera san Josemaría.

1. Presencia de Dios, filiación divina y comunión con Dios

Es el sentido de la filiación divina –columna vertebral del espíritu del Opus Dei– la fuente de la que mana la constante presencia de Dios en la vida de san Josemaría. Es además el rasgo concreto y palmario que testimoniaron los que lo conocieron y convivieron con él, junto –en lo humano– con la simpatía, el ingenio y el buen humor y la fina caridad. Fue una tenaz conquista, fruto de la gracia y de su correspondencia. Se aprecia, ya desde los comienzos, que el Espíritu Santo le otorgó el don de una continua presencia de Dios, que fue incesante a lo largo de toda su vida y se hizo creciente con el paso de los años.

"En Dios vivimos, nos movemos y existimos" (Hch 17, 27-28): vivimos porque Él nos ha creado, y permanecemos en la vida porque Él nos sostiene con su amorosa providencia. Asimismo tenemos la convicción de que Dios está con nosotros, siempre, no como un ente abstracto o una *fuera* impersonal, sino como Padre que es, amoroso y misericordioso. "Es preciso convencerse de que Dios está junto a

nosotros de continuo. –Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. Y está como un Padre amoroso –a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres de este mundo pueden querer a sus hijos–, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo...y perdonando. (...) Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos” (C, 267; cfr. S, 658).

La presencia de Dios no estriba en meras prácticas piadosas, sino en la profunda conciencia de que Dios, creador del universo, está presente en todas partes con una presencia íntima y operativa que “sosteniendo todas las cosas, hace que sean lo que son (...). Pues la criatura sin el Creador se esfuma” (GS, 36). Con incomparable belleza describe el Salmo 139, 7-10, esta presencia de inmensidad: “Señor (...) ¿Adónde alejarme de tu espíritu? ¿Adónde huir de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás Tú; si bajo hasta el seol, allí te encuentras. Si monto en las alas de la aurora y habito en los confines del mar, también allí me guiará tu mano, me sujetará tu diestra”. Dios brilla de tal modo en lo creado, que los hombres serían ciegos para no verlo: “los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal 19 [Vg 18], 2).

En las criaturas elevadas al orden sobrenatural, esa presencia real de Dios alcanza dimensiones nuevas y superiores: el alma en gracia se convierte en templo de la Trinidad Santísima. Inhabita en el alma de quienes le aman. Cuando nos persuadimos de esta dichosa realidad, aprendemos a ver a Dios en todo, nos sabemos contemplados por Dios a toda hora. Es el mismo Jesucristo quien nos da ejemplo de ello al aprovechar cualquier ocasión y situación y referirla a Dios Padre, sea para alabar, renovar la acción de gracias o reparar (cfr. Mt 6, 29-30; Jn 11, 4 y 15; Mt

11, 25; Jn 11, 41; Lc 23, 34; Mt 9, 36-38). No hay mejor modo de ver las cosas y las personas que verlas tal como las ve Dios, mirarlas “con los ojos de Cristo” (cfr. RH, 18). En sus últimos años san Josemaría, ante dificultades que padecía en la vista, solía repetir esta jaculatoria: “Que yo vea con tus ojos, Cristo mío, Jesús de mi alma”, mientras crecía en él el hambre de contemplar el rostro del Señor: “*Vultum tuum, Domine, requiram* (Sal 26 [Vg 25], 8), buscaré, Señor, tu rostro. Me ilusiona cerrar los ojos, y pensar que llegará el momento, cuando Dios quiera, en que podré verle, no como en un espejo, y bajo imágenes oscuras... sino cara a cara (I Co 13, 12). Sí, mi corazón está sediento de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo vendré y veré la faz de Dios? (Sal 41 [Vg 40], 3)” (SRECH, Cuarto Misterio Luminoso).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* cita un texto de la Const. Past. *Gaudium et Spes* en el que se destaca esta esencial referencia de la persona a Dios: “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde el nacimiento: pues no existe sino porque, creado por Dios, por amor, es conservado siempre por amor, y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente ese amor y se entrega a su Creador” (GS, 19). Tener presencia de Dios es asumir plenamente nuestro ser y nuestra realidad: la de estar llamados a la comunión con Dios correspondiendo libremente a su amor.

San Josemaría invitaba, en conformidad con el específico carisma del espíritu del Opus Dei, a vivir la presencia de Dios también en el trabajo ordinario: “el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción

de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por Él, herederos de sus promesas. Es justo que se nos diga: *ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier cosa, hacedlo todo a gloria de Dios* (1 Co 10, 31)” (ECP, 48).

La llamada a santificar el trabajo profesional y los quehaceres de la vida ordinaria lleva a conjugar y a unir lo que frecuentes dualismos separan: vida contemplativa y activa, lo profano y lo sagrado, lo temporal y lo eterno. La Encarnación del Verbo es la gran verdad que debe presidir este afán unitario: “la profunda percepción de la riqueza del Verbo encarnado fue el cimiento sólido de la espiritualidad del fundador” (DEL PORTILLO, 1993, p. 77). “Unir el trabajo profesional con la lucha ascética y con la contemplación –cosa que puede parecer imposible, pero que es necesaria, para contribuir a reconciliar el mundo con Dios–, y convertir ese trabajo ordinario en instrumento de santificación personal y de apostolado. ¿No es éste un ideal noble y grande, por el que vale la pena dar la vida?” (*Instrucción*, 19-III-1934, n. 33: ARANDA, 2001, pp. 173-174).

Precisamente este empeño unitario preside el esfuerzo ascético por cultivar y fomentar la presencia de Dios. “Nunca compartiré la opinión –aunque la respeto– de los que separan la oración de la vida activa, como si fueran incompatibles. Los hijos de Dios hemos de ser contemplativos: personas que, en medio del fragor de la muchedumbre, sabemos encontrar el silencio del alma en coloquio permanente con el Señor: y mirarle como se mira a un Padre, como se mira a un Amigo, al que se quiere con locura” (F, 738). De ahí que todas las circunstancias puedan conducir a Dios: “En tu vida, si te lo propones, todo puede ser objeto de ofrecimiento al Señor, ocasión de coloquio con tu Padre del Cielo, que siempre guarda y concede luces nuevas” (F, 743). Conmueve la lucha de san Josemaría por tener presencia de Dios cuando escribe en sentida oración: “Jesús: que mis distracciones sean distracciones

al revés: en lugar de acordarme del mundo, cuando trate Contigo, que me acuerde de Ti, al tratar las cosas del mundo” (F, 1014).

Esta constante presencia de Dios no fue la propia de quien se retira del mundo. San Josemaría enseñaba a sus hijos que debían ser contemplativos en todas las encrucijadas de la vida social, valiéndose de su quehacer temporal; solía afirmar: “nuestra celda es la calle”. Por tanto, no se trata de momentos sublimes, estelares, “místicos”, sino de una continua presencia de Dios en el transcurrir de la vida corriente y en los afares cotidianos. La noción de vida ordinaria, de *cotidianidad*, en los escritos de san Josemaría es una verdadera categoría teológica y el marco de su vida contemplativa: se trata de vivir santamente la vida ordinaria. Tener presencia de Dios no es, pues, segregarse de las ocupaciones ordinarias, sino que, por el contrario, es el modo más pleno y verdadero de estar en la realidad. Podría decirse que consiste en un simultáneo *estar* y *no estar*. Se está todo y del todo en los asuntos corrientes y concretos que ocupan manos y cabeza, pero, a la vez, no se está porque se está en Dios. Puede parecer paradójico, pero ese *no estar* es el modo más pleno y profundo de estar en las cosas temporales, porque cuando se tiene presencia de Dios, de alguna manera se accede a ver las cosas como las ve Dios, es decir, se las ve del modo más verdadero y objetivo. Esa mirada sobrenatural en san Josemaría llegaba al punto de permitirle ver una multitud de detalles materiales –arreglos y mejoras que convenía hacer, por ejemplo–, y tener una perspicacia, muy por encima de la meramente psicológica, para detectar las necesidades, aflicciones y problemas de quienes conocía y trataba. Su presencia de Dios empapaba desde dentro su quehacer cotidiano –desde leer el diario hasta subir las escaleras– y su relación con los demás. En varias ocasiones mencionó que no solía saludar a nadie sin antes saludar a su Ángel Custodio.

2. Medios para fomentar la presencia de Dios

Múltiples son los medios que recomendó san Josemaría para buscar y fomentar la presencia de Dios. La oración mental (por la mañana y por la tarde), centrar el día en torno a la santa Misa, la lectura del Evangelio y de algún libro espiritual, la contemplación y rezo del santo Rosario; en fin, todo aquello que denominó “plan de vida espiritual”, es decir, prácticas de piedad diarias y constantes en las que se actualiza la fe y el amor a Dios. La fidelidad a esas prácticas de piedad conducirá paulatinamente a lo que denominó “normas de siempre”, es decir, actitudes del alma constantes, las cuales, todas ellas, manifiestan y fortalecen la presencia de Dios (considerar la filiación divina, comuniones espirituales, acciones de gracias, actos de desagravio, oraciones jaculatorias, etc.). Con la palabra *jaculatorias* designaba –siguiendo la tradición espiritual ya desde san Agustín– las frases breves, cual saetas, que manifiestan el amor a Dios y ayudan a ejercitarse en la presencia de Dios. “Emplea esas santas «industrias humanas» que te aconsejé para no perder la presencia de Dios: jaculatorias, actos de Amor y desagravio, comuniones espirituales, «miradas» a la imagen de Nuestra Señora...” (C, 272). Entendemos por “industrias humanas” diversos recursos que pueden servir a menudo de “despertadores” para recordar y vivir la presencia de Dios (crucifijo, estampas, imágenes de la Virgen, también otros objetos profanos a los que la persona dota de algún significado y que contribuyen a acrecentar la vida de la gracia en su alma: “Ten presencia de Dios y tendrás vida sobrenatural”: C, 278).

En bastantes ocasiones, durante los años que vivió en Villa Tevere, san Josemaría, al cruzarse con alguno de sus hijos en los pasillos de la casa, incluso a temprana hora de la mañana, le preguntaba: “Hijo mío, ¿cuántos actos de amor y desagravio has hecho hoy?”. Sin dar tiempo al interlocutor a esbozar una respuesta, animaba a

que fueran muchos, incluso cientos. Para ganar el hábito de la presencia de Dios será necesaria la lucha ascética, valerse de “industrias humanas” y recurrir a “muñetas”, pero tras esos esfuerzos –añadía–, Dios podía conceder –pues se trata de un don– una verdadera vida contemplativa.

Para ayudar a sus hijos a ser almas verdaderamente contemplativas, escribió la homilía *Hacia la santidad*, que –así lo comentó–, podía ser como la falsilla que se usaba en la escuela para que las líneas no se desviaran y sobre la que se debía escribir la propia vida: “Empezamos con oraciones vocales, que muchos hemos repetido de niños: son frases ardientes y sencillas, enderezadas a Dios y a su Madre, que es Madre nuestra (...). Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto” (AD, 296).

Supuesta esa consideración general, podemos enumerar a continuación algunos cauces por los que animaba a que discurriera la presencia de Dios:

- a) *Dedicar cada día de la semana a una devoción sólida*: a la Santísima Trinidad, a la Eucaristía, a la Pasión, a la Virgen, a San José, a los Santos Ángeles Custodios, y a las benditas ánimas del Purgatorio.
- b) *Acciones de gracias*: “Acostúmbrate a elevar tu corazón a Dios, en acción de gracias, muchas veces al día. –Porque te da esto y lo otro. –Porque te han despreciado. –Porque no tienes lo que necesitas o porque lo tienes. Porque

hizo tan hermosa a su Madre que es también Madre tuya. –Porque creó el Sol y la Luna y aquel animal y aquella otra planta. –Porque hizo a aquel hombre elocuente y a ti te hizo premioso... Dale gracias por todo, porque todo es bueno” (C, 268). Como se puede apreciar, pasa con naturalidad de la bondad ontológica de la Creación –fruto de la acción creadora de Dios: todo es bueno– a la misteriosa bondad de la Historia –fruto de la acción redentora de Cristo: *omnia in bonum*– y todo lo lleva a la acción de gracias (cfr. CECH, p. 494).

- c) *Actos de amor y desagravio*: “Nuestra voluntad, con la gracia, es omnipotente delante de Dios. –Así, a la vista de tantas ofensas para el Señor, si decimos a Jesús con voluntad eficaz, al ir en tranvía por ejemplo: «Dios mío, querría hacer tantos actos de amor y de desagravio como vueltas de cada rueda de este coche», en aquel mismo instante delante de Jesús realmente le hemos amado y desagraviado según era nuestro deseo. Esta «bobería» no se sale de la infancia espiritual: es el dialogo eterno entre el niño inocente y el padre chiflado por su hijo: –¿Cuánto me quieres? ¡Dilo! –Y el pequeño silabea: ¡Mu-chos mi-llo-nes!” (C, 897).
- d) *Diálogo con Dios en el trabajo*: “Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo” (C, 359). Cuanto más dentro del mundo estemos, tanto más hemos de ser de Dios (cfr. F, 740). “Debes mantener –a lo largo de la jornada– una constante conversación con el Señor, que se alimente también de las mismas incidencias de tu tarea profesional. –Vete con el pensamiento al Sagrario..., y ofrécele al señor la labor que tengas entre manos” (F, 745).
- e) *Paz ante las dificultades y contradicciones*: “Si tienes presencia de Dios, por encima de la tempestad que ensordece, en tu mirada brillará siempre

el sol; y, por debajo del oleaje tumultuoso y devastador, reinarán en tu alma la calma y la serenidad” (F, 343). A su vez, a través de ella se disipan los problemas y se encuentran las auténticas soluciones: “Si tuvieras presencia de Dios, cuántas actuaciones «irremediables» remediarías” (S, 659).

- f) *Vivir el plan de vida espiritual con amor, evitando toda rutina, para fomentar la piedad*. El gran enemigo de la verdadera piedad es la rutina que lleva a una monótona repetición de palabras carentes de vida y amor: “Huyamos de la «rutina» como del mismo demonio. –El gran medio para no caer en ese abismo, sepulcro de la verdadera piedad, es la continua presencia de Dios” (C, 551). Dios tiene derecho a exigirnos que tengamos presencia suya: “Convéncete, hijo, de que Dios tiene derecho a decirnos: ¿piensas en Mí?, ¿tienes presencia mía?, ¿me buscas como apoyo tuyo?, ¿me buscas como Luz de tu vida, como coraza..., como todo? –Por tanto, reafirmate en este propósito: en las horas que la gente de la tierra califica de buenas, clamaré: ¡Señor! En las horas que llama malas, repetiré: ¡Señor!” (F, 506). Por tanto, deber nuestro es exigirnos y luchar por ganar en hábitos de presencia de Dios: “Para tu examen diario: ¿he dejado pasar alguna hora, sin hablar con mi Padre Dios?... ¿He conversado con Él, con amor de hijo? –¡Puedes!” (S, 657).
- g) *Recogimiento interior*. Para que este empeño por ser contemplativos en medio del mundo, en el tráfigo de los asuntos de la vida ordinaria, sea posible, se requiere fomentar cierta disciplina mental, un recogimiento interior, que es fruto de la vida interior: “¿Cómo vas a vivir la presencia de Dios, si no haces más que mirar a todas partes?... –Estás como borracho de futilidades” (S, 660). Del mismo tenor es el siguiente texto: “¿Minucias y nimiedades a las que nada debo, de las que nada

espero, ocupan mi atención más que mi Dios? ¿Con quién estoy, cuando no estoy con Dios?” (F, 511).

3. Presencia de Dios y unidad de vida

Para captar el sentido profundo de todo lo dicho se hace necesario señalar que, para el fundador del Opus Dei, el objetivo al que se encamina la lucha espiritual es precisamente la *unidad de vida*, es decir, la armonía intrínseca, verdadera causalidad circular, que debe darse entre las tres dimensiones presentes en la búsqueda de la santidad en el mundo, a saber, trabajo, oración y apostolado. El hilo que une estas distintas dimensiones de la existencia cristiana es precisamente la presencia de Dios. Si hay una característica que denota la madurez en la vocación en el Opus Dei, la plena encarnación de su espíritu, es el logro o, mejor, la lucha siempre reiniciada y nunca del todo lograda, fruto de la gracia y de correspondencia personal, de la unidad de vida. Es una característica esencial de la vocación de cristianos corrientes, pues “o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca” (CONV, 114).

Terminemos citando un texto de san Josemaría que, al describir el concepto teológico de unidad de vida, sintetiza lo hasta ahora expuesto: “No vivimos una doble vida, sino una unidad de vida, sencilla y fuerte, en la que se funden y penetran todas nuestras acciones. Cuando respondemos generosamente a este espíritu, adquirimos una segunda naturaleza: sin darnos cuenta, estamos todo el día pendientes del Señor y nos sentimos impulsados a *meter* a Dios en todas las cosas, que sin Él, nos resultan insípidas. Llega un momento, en el que nos es imposible distinguir dónde acaba la oración y dónde comienza el trabajo, porque vuestro trabajo es también oración, contemplación, vida mística verdadera de unión con Dios –sin rarezas–: endiosamiento” (*Carta 6-V-1945*, n. 25: AGP, serie A.3, 92-4-2). Y

continúa: “No hay compartimentos estancos en nuestra vida, ni podemos distinguir –insisto– dónde acaba la oración y dónde empieza el trabajo, ni dónde se encuentran los límites del apostolado. Porque el apostolado es Amor de Dios que se desborda, dándose a los hombres; y la vida interior contemplativa es clamor de almas; y el trabajo, un esfuerzo sostenido de abnegación, de caridad, de obediencia, de comprensión, de paciencia y de servicio a los demás” (*ibidem*, n. 40).

Voces relacionadas: Amor a Dios; Contemplativos en medio del mundo; Jaculatorias; Oración; Trabajo, Santificación del; Unidad de vida.

Bibliografía: JUAN PABLO II, Cart. Enc. *Redemptor hominis*, 1979; Antonio ARANDA, “*El bullir de la Sangre de Cristo*”. *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Pamplona, EUNSA, 2001; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; Pedro RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, Pamplona, EUNSA, 1986.

Jorge PEÑA VIAL

PRIMEROS CRISTIANOS

1. El ejemplo de los primeros fieles, como referencia explicativa.
2. La vida ordinaria, ámbito de santificación cristiana.
3. Proyección apostólica del cristiano corriente.

El aprecio de san Josemaría por los primeros seguidores del cristianismo está ya presente en los comienzos de la Obra. Se refirió a ellos en muchas ocasiones, entendiendo por primeros cristianos no sólo la primitiva comunidad de Jerusalén, sino las primeras generaciones de cristianos, que vivieron tanto en la época apostólica como en la inmediata posterior.

1. El ejemplo de los primeros fieles, como referencia explicativa

Una de las enseñanzas más reiteradas por san Josemaría ha sido la llamada uni-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.